

abnegación y la piedad. El autor pone en boca del *Mozalbet* esas hermosísimas palabras:

«Alegre cosa es la guerra... Cuando es por una causa buena, es justicia, es defender el derecho... y es un oficio agradable y bueno para los jóvenes. Porque por ella son amados de Dios y del mundo. ¡Se ama tanto entre sí la gente en la guerra! Cada uno piensa: ¿Dejaré á ese tirano que con su crueldad se apodera de los bienes ajenos allí donde no tiene nada? Cuando se ve que la causa es buena y que su sangre combate bien, las lágrimas se asoman á sus ojos. Y el corazón experimenta una dulzura de lealtad y de piedad viendo al amigo que tan valientemente expone su cuerpo para hacer y cumplir el mandato de nuestro Creador. Y después se dispone uno á ir á morir ó á vivir con él y por amor á no abandonarle más. Y de ello se sigue un deleite tal, que el que no lo ha probado no es hombre que sepa decir cuál bien es. ¿Pensáis que el que esto haga le tema á la muerte? En manera alguna, porque está tan confortado, tan arrobado, que no sabe dónde se encuentra. Verdaderamente no tiene miedo de nada.»

Y añade el señor de Bueil:

«El muy noble y muy excelente estado de caballería ha sido ordenado para conservar, defender y guardar al pueblo y la tranquilidad... A las gentes de guerra está mandada la defensa de los oradores (los que rezan, las gentes de iglesia) y de los que trabajan en toda la cosa pública y de aquellos á quienes se ha causado daño.»

Hubo entonces guerreros capaces de tales sentimientos, hubo Barbazanes que se batían por «defender la justicia;» pero el tipo más frecuente es el de «desollador.» Rodrigo de Villandrando, Antonio de Chabannes, los dos bastardos de Borbón, el bastardo de Armagnac, La Hire, Saintrailles, Floquet, Blanchefort.

Villandrando es un castellano que viene á Francia en busca de fortuna; sirve primero al duque de Borgoña y luego se une á Carlos VII y presta en ciertos momentos útiles servicios. Es un buen táctico y sabe hacerse obedecer; pero durante la mayor parte del tiempo trabaja por su propia cuenta; casi todas las provincias de Francia, sobre todo las del centro y el Langüedoc, reciben sus desastrosas visitas; sostiene á costa de los habitantes una corte de príncipe, una cancillería, escuderos y pajes; posee una vajilla de oro y capitales inmensos, y de cuando en cuando presta generosamente á los barones franceses el dinero que ha arrancado á los súbditos de los mismos. Se le llama «el emperador de los ladrones.»

No todos aquellos aventureros eran tan fastuosos como Villandrando. Francia hallábase tan empobrecida, que no era siempre fácil á un capitán hacer fortuna

tin, «Positions des Théses de l'Ecole des Chartes,» 1885.—Historias provinciales y locales: Raynal, *Histoire du Berry*, tomo III; Dom Vaissete, *Histoire du Languedoc*, nueva edición, tomo IX; Rouquette, *Le Rouergue sous les anglais*, 1887; Quantin, *Episodes du pays sénonais*, Memorias leídas en la Sorbona en 1865; Boutiot, *Histoire de Troyes*, tomo III, 1873; Bourquelot, *Histoire de Provins*, tomo II, 1840; Flammermont, *Senlis*, «Mémoire de la Société de l'Histoire de Paris,» tomo V.—Sobre la despoblación: Levasseur, *La population française*, tomo I, 1889; C. de Beaurepaire, «Mémoire de la Société des Antiquaires de Normandie,» tomo XXVIII; Quantin, «Bulletin de la Société des Sciences de l'Yonne,» tomo VII; Galabert, «Bulletin de la Société archéologique de Tarn-et-Garonne,» 1881.

ni á un «desollador» (1) mantenerse. Cuando en 1444 el delfín se llevó á Suiza treinta mil hombres de tropas ligeras, de los que gracias á él vióse Francia momentáneamente desembarazada (2), la mayoría de ellos iban andrajosos, sin coraza, sin sombrero, sin zapatos y sin calzones.

Los desolladores contribuían á su propia miseria con su demencia de destrucción. Los habitantes de las ciudades, siempre alerta, se apresuraban á cerrar sus puertas y á cargar sus culebrinas en cuanto el vigía señalaba en el horizonte gentes de guerra, aun cuando llevasen los colores del rey. El «país llano,» en cambio, no tenía defensa contra los desolladores, los cuales talaban las viñas y los sembrados verdes, destruían los árboles frutales y las colmenas, arrojaban el grano ó el vino á los caminos ó á los ríos, rompían arados y muebles, demolían ó incendiaban casas y molinos y transformaban los templos en establos. Los campesinos, así que tenían noticia de que se aproximaban, trataban de huir, de llegar á la plaza fuerte más cercana. El autor de las *Quinze Joyes du Mariage* (Quince Alegrías del Matrimonio), contemporáneo de los desolladores, nos presenta á un «buen hombre» escapándose de esta manera cuando «hay guerra en el país, por la cual todo el mundo se refugia en las ciudades y en los castillos:»

«El buen hombre, para evitar que le cojan, se refugia en un castillo, pero de noche va y viene de su casa, atravesando bosques á tientas y por entre setos y malezas, de tal manera que sus vestidos quedan desgarrados; y va á ver su hogar y la mujer grita y refunfuña y le echa en cara todos los males y descalabros, como si fuera él quien hubiese de hacer la paz entre los dos reyes de Francia y de Inglaterra, y le dice que allí dentro no quiere quedarse. Y el buen hombre tiene que llevarse á toda prisa á su esposa y á sus hijos al castillo ó á la ciudad, y Dios sabe los apuros que pasa para llevarse en su carro á la mujer y á los niños y para alojarse cuando todos están en la fortaleza. Y ha de trotar, ora de día, ora de noche, á pie ó á caballo, según el estado en que se encuentra, yendo de acá para allá á fin de procurarse vituallas y de atender á sus demás necesidades. Y luego, cuando la guerra ha terminado, tiene que llevarlos á todos á la posada.»

Los desolladores inventaban tormentos refinados para los que no podían huir; y cuando habían torturado al jefe de la familia, degollaban á sus hijos y en su presencia violaban á su mujer y á sus hijas, sin contar otros excesos más vergonzosos.

Aquellas miserias y aquellos crímenes databan de lejos, pero las quejas fueron más vivas en el período comprendido entre los años 1435 y 1444, ó sea después del tratado de Arrás y antes de la gran reforma militar, período que se conoce con el nombre de «Desolladero.» Había sido preciso licenciar á las guarniciones de las plazas devueltas al duque de Borgoña, y aquellos contingentes fueron otras tantas compañías francas que se diseminaron por los campos, en donde se les unie-

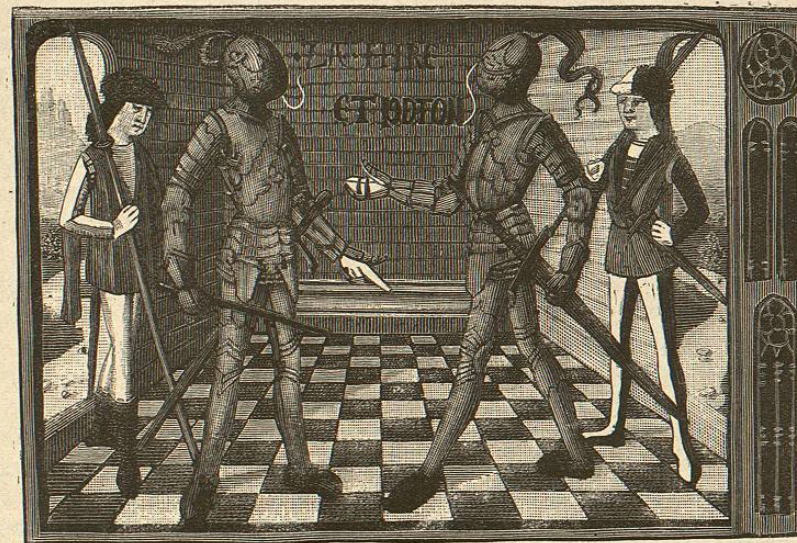
(1) Los soldados saqueadores eran llamados *desolladores*, porque despojaban á sus víctimas hasta de la camisa. También se les denominaba *armagnacs*, en memoria de los excesos cometidos por las tropas ligeras de este partido.

(2) Esta expedición será descrita en el libro II, capítulo IX, párrafo I.

ron merodeadores y gentes sin trabajo, tomando todos juntos, á pretexto de la guerra, el oficio de bandoleros. Hasta las guarniciones regulares se entregaban al saqueo: para impedirles que tal hicieran, habría sido necesario empezar por pagarles, cosa que muy raras veces hacía el rey de Francia; y cuando los habitantes se quejaban, se les respondía: «Es preciso que vivan.» Y sin embargo, no por ello dejaban de crearse nuevos impuestos, pudiendo decir Juan Juvenal de los Ursinos que la realza quitaba á sus súbditos «la piel de encima y la carne de sus huesos.» Por último, el gobierno inglés, desamparado, perdidas sus esperanzas de conquista, irritado y vengativo, dejaba que sus soldados, sin

estrangulando á las mujeres que se aventuraban á salir fuera de las murallas, y aun penetrando en la ciudad, en donde se comían á los niños.

El tratado de Arrás no había devuelto la tranquilidad á las comarcas hasta entonces devastadas por la guerra franco-borgoñona: las tropas ligeras borgoñonas, á las que se unían partidas inglesas, y sobre todo los armagnacs, continuaban saqueándolas sin piedad. A decir verdad, ya no había borgoñones, ni ingleses, ni armagnacs, sino únicamente bandidos que, según las circunstancias, se adornaban con la cruz de San Andrés, con la cruz roja ó con la blanca. «¡Han matado á mi pobre pueblo!» escribía el obispo de Beauvais, amenazado á



La Hire y Saintrailles. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

paga y miserables, devastaran á su vez la Francia (1).

El azote de los desolladores hizo estragos casi en todo el reino (2), figurando la región de París entre las más desgraciadas. Los alrededores de la capital eran un inmenso desierto que recorrían cuadrillas de bandidos franceses é ingleses. Los primeros meses de 1438 fueron terribles: el invierno era glacial y el pan estaba por las nubes; la gente se moría de hambre y de frío por las calles, y para colmo de desdichas una epidemia de viruelas causó millares de víctimas en aquella población extenuada. Los hospitales, arruinados, no podían atender á sus gastos. Los lobos vinieron á aumentar las calamidades rondando en grupos por las afueras,

(1) Un normando contemporáneo afirma, hablando de la administración del duque de Somerset: «Los ingleses fueron mal pagados, por cual razón gozaron de mayor libertad para tomar y vivir sobre el pueblo.» (*Petit traité*, en *Croniques de Normandie*, edición Hellot, pág. 82.) El italiano Rolando de Talenti, secretario del obispo de Bayeux, escribía al duque de Glocéster allá por el año de 1443: «Los capitanes y los guardias de los castillos y de las ciudades se quejan públicamente de no haber recibido paga desde hace unos diez y ocho meses.» (Epístola latina publicada por Denifle, *Désolation*, tomo I, núm. 1.001.) Tomás Basín dice igualmente que, después de la muerte del duque de Bedford, los ingleses cometieron espantosos pillajes. (*Oeuvres*, tomo I, pág. 102.)

(2) También hizo crueldades estragos fuera del reino, sobre todo en Lorena, en Alsacia y en el Franco Condado. Todos los países eran buenos para los desolladores, con tal que no encontraran en ellos una resistencia fuertemente organizada.

su vez de continuo con la cárcel ó con la muerte. Beauvais ofrecía todo el aspecto de una ciudad muerta, con sus edificios arruinados y sus calles fangosas en donde crecían setos vivos. Los ingleses cometieron en 1440 inauditas crueldades en la diócesis de Amiéns, quemando de una sola vez á trescientos aldeanos en una iglesia fortificada que servía de refugio. En 1444, el inglés Mathew Gough, de acuerdo con el francés Floquet, saqueó la Picardía. En el Valois y en el Soissonnais, los bandidos contaban entre sus jefes á Guillermo de Flavy, gobernador de Compiègne, el cual mandó poner preso al mariscal de Rieux, sobrino y teniente del condestable, encerrándole en un calabozo en donde murió. ¿Qué suerte esperaba, pues, á las pobres gentes? El 16 de septiembre de 1443, Balduino de Noyelle, gobernador de las ciudades del Somme, certifica que las tierras de Maignelay y de Sains nada producen desde hace cuatro años á causa de las «guarniciones de Creil, Clermont, Mony, Gournay y otras plazas, que están cerca de dichas tierras y no dejan labrar á nadie en dichos lugares (3).»

En Champaña fué en donde comenzaron sus hazañas las partidas licenciadas después del tratado de

(3) Beauvillé, *Recueil de documents concernant la Picardie*, tomo I, pág. 119. La cuenta del recaudador Colart le Cordouanier, editada en el tomo IV de la misma obra de Beauvillé, demuestra que un gran número de picardos habían abandonado sus propiedades para emigrar ó hacerse bandidos.

Arrás, las cuales por un momento fueron á apoyar á los insurrectos normandos y se diseminaron luego por el Ponthieu y los Países Bajos, pero al fin regresaron á Champaña para saquearla de nuevo. Provins era una ciudad populosa y próspera que contaba con 3.200 telares de paños; pero después de la toma y saqueo de la misma por los ingleses en 1432, sus habitantes, que habían perdido todos sus bienes, emigraron, y los antiguos tejedores se vieron obligados «á ganarse la vida labrando viñas y jardines y haciendo otros trabajos.» Los ingleses, arrojados de la ciudad en 1443, se retiraron incendiando todo cuanto pudieron. El glorioso Enrique V había dicho en otro tiempo que «guerra sin fuego nada valía, como nada valía salchicha sin mostaza.»

En la diócesis de Langres, en el Tonnerrois, el Senonés y el Gatinés, multitud de aldeas estaban desiertas; Mussy-l'Évêque, sorprendida de noche por los desolladores, fué destruída; el arzobispo de Sens fué «saqueado» por una cuadrilla de salteadores á las mismas puertas de la ciudad; y en Bleneau los aldeanos habitaban en el castillo y ni siquiera en él se consideraban seguros, de modo que cuando el atalaya daba la señal de alarma, preferían ir á ocultarse en el bosque.

El ducado de Borgoña vióse muy maltratado. Felipe el Bueno no se atrevía á moverse de Flandes por miedo á una invasión inglesa y por sus contiendas con los municipios, y los señores borgoñones halagaban á los bandidos, les invitaban á que fueran «á jugar un poco con las damas y doncellas,» ofrecíanles regalos para evitar el saqueo y aún á veces se pasaban á sus filas. Los soldados picardos enviados por el duque para restablecer el orden hicieron buenos á los desolladores y merecieron el dictado que se les dió de *reesquiladores*. En diez años los Estados de Borgoña se reunieron quince veces y votaron más de ochenta mil libras para distribuir á los desolladores, á fin de que se alejaran; pero éstos volvían al día siguiente.

La risueña región que baña el Loira medio no se halla tampoco al abrigo de los bandidos: en la diócesis de Nevers, las rentas episcopales quedan reducidas á nada diez y ocho meses después del tratado de Arrás, el bai le de Bourges cae en una emboscada de los desolladores y es asesinado; el monasterio de Nuestra Señora Bourg-Dieu sirve de refugio á los habitantes de los alrededores, los cuales han llevado allí sus ganados, sus camas y sus utensilios domésticos y duermen hasta en la iglesia, viéndose los religiosos obligados á decir misa «entre el llanto de los chiquillos y los aullidos de las mujeres que van de parto.» En la diócesis de Orleans son reducidas á la miseria antiguas é ilustres abadías como la de San Benito de Fleury, y la aldea de Marigny permanece deshabitada desde 1429 á 1445, «creciendo en ella grandes matorrales, árboles y espinas (1).»

La Turena y el Anjou habían sido devastados á la vez por los ingleses y por los armagnacs. En Poitou, la comarca en donde tan á gusto residía Carlos VII, La Tremoille, en desgracia, continuaba sus hazañas y perseguía con su odio á su antiguo enemigo el obispo de Luçon; allí se desarrolló principalmente la Praguerie, y aunque esta sublevación feudal fué pronto reprimida,

(1) Texto publicado por Mlle. de Villaret, *Campagnes de Jeanne d'Arc sur la Loire*, pág. 118.

los desórdenes y los pillajes continuaron todavía durante dos años.

La región del Macizo Central, comarca en general pobre y alejada del teatro de la guerra inglesa, fué saqueada como el resto de Francia. Cuando el ejército real regresó de la campaña de Tartas, en 1442, el Lemosín fué pasado á sangre y fuego. La Auvernia, durante trece años, fué para Rodrigo de Villandrando y sus tenientes un principado por donde se paseaban á su sabor y adonde regresaban para hacer fortuna después de terminadas sus expediciones por el resto de Francia. La milicia organizada por los Estados de aquella provincia para resistir á los bandoleros fué impotente, y el único medio de echarles de allí por algún tiempo seguía siendo el de darles dinero.

A partir de 1442, los desolladores se diseminaron en gran número por el Lyonés, el Forez y el Velay, y atravesando el Saona y el Ródano fueron á devastar los confines del ducado de Saboya, el Delfinado 1442 y la Provenza. En el período comprendido entre los años 1443 y 1445, la pequeña plaza de Vimy (Neuville-sur-Saone), disputada por las tropas ligeras de Carlos VII á las del duque de Saboya, fué tomada y reconquistada seis veces y cada vez saqueada en medio de «abominaciones tales como los sarracenos no las cometen con los cristianos.»

El Langüedoc había tenido que soportar hasta 1436 el virreinato y las depredaciones de Juan de Grailly, conde de Foix, uno de cuyos servidores, Pedro Raimón du Fauga, nombrado veguer del rey en Tolosa, desbalijaba á los viajeros á las puertas de la ciudad. Después de la muerte de Juan de Grailly hubo de sufrir aquel país las fechorías de las partidas de Villandrando y de su teniente Salazar, de Saintrailles y de los bastardos de Bearn, de Armagnac y de Borbón. A primeros del año 1439, y en ocasión en que el rey viajaba por el Mediodía, vióse obligada Tolosa á pagar rescate á los desolladores. El condado de Foix, el Bearn y la misma Navarra viéronse amenazados.

El Armagnac, el Rouergue, el Quercy, el Agenais, el Perigord, el Angoumois y la Saintonge tenían que habérselas á la vez con los ingleses y con los desolladores. En el Rouergue, los aldeanos, para efectuar los trabajos de la siega, hacíanse guardar, mediante el pago de una cantidad, por gente armada que los mismos jefes de los desolladores se encargaban de proporcionarles. En Saint-Antonin estaba aniquilada la industria, hacía poco tiempo muy floreciente, de los paños «bureles» que se exportaban hasta á Italia. Los labradores habían dejado de cultivar en las inmediaciones de la población el azafrán y el pastel necesarios para el tinte y los tejedores habían abandonado casi todos sus telares. En Quercy, en donde los franceses y los ingleses no habían cesado de combatir desde el tratado de Bretigny, las dos terceras partes de iglesias estaban incendiadas ó saqueadas, algunas parroquias completamente desiertas y los campos invadidos por las zarzas. Las diócesis de Agen y de Perigueux se veían desoladas y en el Angoumois era tal la devastación que habían desaparecido los lindeiros de las propiedades y los caminos. En Saintonge operaban el señor de Pons y los hermanos de Pluscalec y los ingleses, que incendiaron el monasterio de Sablouzeau: «allí donde solía haber hermosas casas sola-

riegas, haciendas y heredades, hay grandes matorrales,» decían los testigos de una información hecha en Saintonge á fines del reinado (1). Los «huracanes de la guerra» habían pasado hasta por las islas de Re y de Olerón.

No eran más dichosas las dos provincias ocupadas todavía por los ingleses, la Guiena y la Normandía, pues los bandidos de Rodrigo de Villandrando, el ejército de Carlos VII en 1442 y luego el del delfín, durante su expedición contra el conde de Armagnac, devastaron la Aquitania inglesa.

La Guiena, por lo menos, gozaba de instituciones autónomas, antiguas y respetadas; en cambio la Normandía hallábase á merced de los conquistadores, en aquel entonces exasperados y resueltos á explotarla duramente. Desde la muerte del duque de Bedford, todos los empleos públicos se vendían y los que los compraban no dejaban nunca de sacar provecho de ellos. Luis de Luxemburgo, nombrado arzobispo de Ruán, Simón Morhier, ex preboste de París, nombrado general gobernador de hacienda en Normandía, y por último el duque de Somerset, daban el ejemplo de la rapacidad, y los soldados ingleses, los desolladores armagnacs, los guerrilleros y los bandidos acababan de consumir la ruina de aquel país. Entre el Sena, el Oise y el Somma no había ya campos cultivados ni caminos.

En los Estados de Orleans, los embajadores de la Universidad de París declaraban en 1439 que si no se firmaba pronto la paz, los franceses se verían obligados á expatriarse, y los documentos nos muestran ese movimiento de emigración empezado en todas las provincias y que arrastraba á los habitantes de las ciudades, y sobre todo á los del campo, hacia Bretaña y hacia los países extranjeros, como España y las orillas del Rhin.

La despoblación, que ya era alarmante en el siglo XIV, llegó á ser espantosa en el XV: sabemos que la población de 221 parroquias de la diócesis de Ruán, que ascendía en conjunto, á principios del siglo XIII, á 14.992 almas, descendió en el XV á 5.796; en Cotentin, en el territorio de la Roche-Tesson, había antiguamente 80 habitantes «y ahora á consecuencia de la guerra no hay más que tres pobres hombres (2).» En los alrededores de Senlis, en San Nicolás, en Gournay, en Avilly, en San Fermín, en Apremont, en Malassise, en Rieux, en Cinqueux, en Noé-Saint-Martin, en Bray, en Montleveque y en Orry-la-Ville, no había en 1444 ni un solo habitante. En Avallón contábase en 1397 todavía 31 «hogares francos solventes» y 35 «miserables;» y en 1413 sólo hay 16 de los primeros y 36 de los segundos; en 1442, 5 solventes, 36 miserables y 11 «mendicantes» y no queda ni un habitante en los arrabales. Algunas letras oficiales nos dicen que en el Maine hay muchas parroquias «inhabitadas» y que en el Norte del Poitou la tierra está «casi deshabitada;» el Angoumois está, «por decirlo así, desierto;» la ciudad de Limoges no es sino una ruina desde hace setenta años, y allá por el año de 1435 sólo viven en ella cinco personas. En el Quercy, los territorios de Jambluse y de Mouillac están abandonados; en Saillagol no queda más que una mujer y en Cazals un hombre, y en Montaubán no se encuentra, en 1442, persona alguna para desempeñar

(1) «Revue des Sociétés savantes,» 1870, tomo I, pág. 461.

(2) Documento editado por S. Luce, *Chronique du Mont-Saint-Michel*, tomo II, pág. 19.

los cargos consulares. En Langüedoc, Tolosa ha perdido la mitad de sus habitantes; la ciudad de Saint-Gilles, que en otro tiempo contaba 10.000 almas, no tiene sino 400. Una parte de la población de Lyon ha emigrado á tierras del Imperio.

Tal era el estado á que la guerra y medio siglo de anarquía habían reducido á Francia. «Por consiguiente, exclamaba Juan Juvenal de los Ursinos en una epístola dirigida al rey, bien puedo decir que os desesperéis, porque ya no podemos más.»

## CAPITULO V

### REFORMAS MILITARES.—FIN DE LA GUERRA DE CIEN AÑOS

I. Compañías de ordenanza. Franco-arcueros. Restablecimiento del orden en Francia.—II. Anarquía en Inglaterra. Preludios de la guerra de las Dos Rosas.—III. Conquista de Normandía.—IV. Conquista de Guiena.—V. Rehabilitación de Juana de Arco. Fin de la guerra de Cien Años.

#### I.—Compañías de ordenanza. Franco-arcueros. Restablecimiento del orden en Francia (3)

La noticia de la tregua de 1444 fué acogida en ambos reinos con una extraordinaria explosión de alegría. En Francia, la población de las ciudades se diseminaba regocijadamente por los campos, pues 1444 por muy doloroso que fuese el aspecto de la campiña despoblada, la gente se deleitaba contemplando los verdes prados y el agua corriente: era aquel un espectáculo del que se había visto privada toda una generación de ciudadanos. En medio de las ruinas de que estaba Francia cubierta, renacía la esperanza, y en Inglaterra, el Parlamento, lleno de júbilo por una suspensión de hostilidades que no mortificaba el amor propio nacional, felicitó por su obra al mismo Suffolk á quien más adelante debía acusarse de traición. Franceses é ingleses se obsequiaron mutuamente con festejos y restablecióse el comercio entre unos y otros.

Afortunadamente Carlos VII aprovechó aquella calma para constituir un ejército real y restablecer el orden en los países que le estaban sometidos; aquellos años de tregua son los años decisivos de su reinado.

Su principal obra fué la organización del ejército. Se ha dicho que Carlos VII había creado en Francia el ejército permanente, pero en realidad lo que hizo en

(3) FUENTES.—Ordenanzas publicadas en *Ordonnances*, tomo XIII. «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» segunda serie, tomo III, pág. 110. «Revue historique,» tomo XL, pág. 72. Crónicas de Berry, Mateo d'Esconchy, edición De Beaucourt, tomo I, 1863, capítulo VI; Gruel, capítulo LXXXII; Basin, libro IV, capítulo III á IV; libro V, capítulo XXI. Baude, *Eloge de Charles VII*. Capítulo III en *Chronique de Chartier*, edición Vallet, tomo III.

OBRAS DE CONSULTA.—Vallet de Viriville, *Mémoire sur les institutions de Charles VII*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1872. Cosneau, *Richemont*, capítulo V. Spont, *La Milice des Francs-Archers*, «Revue des Questions historiques,» 1897, tomo I. Bonnault d'Houët, *Les Francs-Archers de Compiègne*, 1897. Ant. Thomas, *Les Etats provinciaux de la France centrale*, tomo I, 1879. Van Wervecke, «Publication de la section historique de l'Institut du Luxembourg,» tomo XLIV, págs. 145 y siguientes (sobre la artillería á mediados del siglo XV). De la Roncière, *Histoire de la marine française*, tomo II.